

Al final de un año jubilar

*Una herencia eclesial enraizada
en la Biblia y en la tradición*

EL término jubileo tiene una serie de resonancias bíblicas básicas para los cristianos. Viene de la palabra hebrea **yôbel**, cuerno de carnero y trompeta, que era el instrumento usado en Israel para anunciar un juicio. El año del perdón comenzaba cuando sonaba el cuerno y anunciaba: Dios viene a juzgar a su pueblo y a restaurar la justicia (Lv 25, 8-12). Por esta llamada se convocaba al pueblo a asumir la radicalidad de la Alianza durante un año sabático en que se devolvía la tierra al antiguo propietario, la dignidad al excluido, la libertad al esclavo... Con ocasión del año jubilar, el proyecto creador de Dios se ponía de nuevo a cero después del perdón. Era una ocasión para comenzar de nuevo. El año jubilar repite el día en que el mundo estaba en manos de Dios y Él lo confía al hombre para que construya una historia de amor y de libertad. Era el día de poner en hora los relojes de la historia: la tierra y el tiempo eran rescatados.

El Jubileo, después de siete semanas de años (cada cincuenta años) consagraba el tiempo. Mientras que los otros pueblos eran constructores de espacio, Israel era constructor y restaurador del tiempo. Esa es la herencia judía en la que estamos enraizados los cristianos.

EN la sociedad cristiana medieval en el discurrir de la historia, cada vez que se acercan las fechas de finales de un siglo comienza a correr el rumor de que está cercano el fin del tiempo. Con ello da la impresión de que el mal, a través de la peste, el hambre o la guerra, se va a imponer al bien siendo al fin el vencedor. El año 1300 una gran multitud de peregrinos acuden en penitencia a la tumba de los apóstoles. El Papa, viendo esta situación, pretende orientar este tipo de movimientos y proclama un año jubilar. La tradición se implanta y desde entonces, primero cada cien años y más tarde cada veinticinco, se celebra un Jubileo.

Después del Concilio Vaticano II muchos católicos pensaban que la institución del Jubileo se encontraba en decadencia por tratarse de una devoción contaminada por el centralismo romano, el ritualismo exagerado y externo, y por el problema del sentido de las indulgencias... Pero Pablo VI recupera inesperadamente la práctica instituida por Bonifacio VIII y promueve la celebración del Año Santo en 1975.

Después, Juan Pablo II sorprende a todos al enumerar todo el proyecto de su pontificado en la perspectiva del nuevo milenio. Al comienzo de su primera encíclica «Redemptor hominis» (1979), escribe: «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia. ...está ya muy cercano el año dos mil. ...Para el Pueblo de Dios... será el año de un gran Jubileo. Estamos acercándonos ya a tal fecha que... nos hará recordar y

renovar de manera particular la conciencia de la verdad clave de la fe... “y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14)». Con esta convocatoria reactiva **la secular finalidad del jubileo para restablecer la justicia social**: «La doctrina social de la Iglesia, que ha tenido siempre un lugar en la enseñanza eclesial... encuentra una de sus raíces en la tradición del año jubilar» («Tertio millennio adveniente», 1994, n.º 13).

Juan Pablo II establece el año jubilar planteando que es la gran ocasión para la renovación de la Iglesia. Se trata de poner en marcha esa Iglesia adormecida y temerosa hacia el Señor que llega. Como preparación para ello, recuerda en 1983 los 1.950 años de la redención y en 1987, sin ninguna pretensión cronológica, la aparición de la Virgen María, estrella del Adviento, en el camino que precede a Cristo en el tiempo.

Tres gestos jubilares significativos

VIVIMOS en una civilización de imágenes y signos expresivos transmitidos rápidamente; por ello la plegaria común en Asís (1986), la petición de perdón al comienzo de la cuaresma (2000) y la visita a los santos lugares (2000), serán recordados en el futuro como tres de los gestos más significativos del pontificado de Juan Pablo II.

Nunca un papa había entonado el «mea culpa» por los pecados de la Iglesia. De ahí que la petición de perdón sea el más profético de estos signos. Aunque ya durante el Concilio hubo algunos gestos concretos de perdón, el gesto de Juan Pablo II entronca profundamente en el espíritu de aquel Concilio. Y esto debe representar un profundo cambio en la mentalidad de los católicos y en sus relaciones con el mundo actual. «Nunca más faltas a la

caridad en el servicio de la verdad, nunca más gestos contra la comunión de la Iglesia, nunca más ofensas hacia ningún pueblo, nunca más recurso a la lógica de la violencia, nunca más discriminaciones, exclusiones, opresiones, desprecio hacia los pobres y hacia los desposeídos», decía Juan Pablo II el miércoles de ceniza en Roma.

Unas semanas más tarde, en Jerusalén, el Papa reafirmaba el «mea culpa» de la Iglesia: «Como obispo de Roma y sucesor del apóstol Pedro aseguro al pueblo hebreo que la Iglesia católica está profundamente entristecida por el odio, los actos de persecución y las manifestaciones de antisemitismo dirigidas por los cristianos contra los hebreos, en cualquier tiempo y en cualquier lugar». Reconociendo este gesto comentaba después el primer ministro israelí E. Barak: «Nadie hizo nunca tanto por la reconciliación» entre cristianos y judíos.

***La reconciliación cristiana como signo jubilar** adquiere una relevancia política y cultural inédita como posibilidad y como tarea. En un siglo como el que acaba, en el que han aparecido nuevas formas de conflictos y guerras cada vez más destructivas para la humanidad, el perdón se convierte en una tarea histórica de la Iglesia jubilar. La reconciliación pasa a ser así un eje de gran densidad política en este final de siglo.*

Y un cuarto gesto específico

***JUAN Pablo II** ha sido el máximo impulsor de la campaña internacional «Jubileo 2000» para la condonación de la deuda externa. En el Mensaje para la Jornada mundial de la Paz del año 2000 dijo: «Es preciso, en especial, encontrar soluciones definitivas*

*al viejo problema de la **deuda internacional** de los países más pobres, garantizando al mismo tiempo la financiación necesaria también para la lucha contra el hambre, la desnutrición, las enfermedades, el analfabetismo y la degradación del medio ambiente».*

CON su impulso ha conseguido que este asunto se introduzca definitivamente en las agendas de los políticos. Así ha ocurrido en las cumbres del G-7 en Colonia y Okinawa en las que los políticos han tomado nota de la cuestión. El gran éxito material de la campaña ha consistido en la reforma del marco mundial existente para el tratamiento del tema mismo de la deuda.

Se ha conseguido actualizar un tema olvidado, el del peso de la deuda externa de los países pobres, una de las causas fundamentales del subdesarrollo de los mil millones de personas más empobrecidas del planeta. La campaña ha logrado que se vuelva a hablar en los medios y que los políticos se tomen en serio a una opinión pública concienciada por un tema que, después de la caída del muro de Berlín, había desaparecido. Esto suponía, en la práctica, la condonación de unos quince billones de pesetas de deuda para 36 países, en un amplio período, unos 7-10 años, con unas pautas para su reinversión en la lucha contra la pobreza con la participación de sus sociedades civiles.

En España esta campaña logró de forma simultánea un alto apoyo popular y significativas resistencias. Se consiguieron un millón de firmas y más de un millón doscientos mil votos a favor de la condonación (el 98 por 100 de los emitidos). Todos los partidos políticos se vieron obligados a introducir el tema en sus programas electorales, e incluso el presidente no pudo por menos de mencionarlo en su discurso de investidura. El mayor éxito de la campaña ha consistido en que una iniciativa

de raíz católica haya logrado sumar el apoyo de tantos y tantos sectores de la sociedad civil no eclesiales.

***Una Iglesia jubilar que se pone en marcha
¿hacia dónde?***

A los escépticos de la práctica jubilar les vendrá bien recordar algunos de los frutos de este año de renovación. Cientos de miles de personas han sentido la llamada a recorrer de nuevo el camino de un compromiso cristiano más fuerte. Muchos han recuperado o intensificado la práctica, aunque sea ocasional, de los sacramentos. Han sentido con más fuerza el llamamiento a un mandato misionero de evangelización del mundo indiferente e injusto. Han visto y vivido un renovado entusiasmo de pertenecer a la Iglesia.

A los triunfalistas les vendría bien pensar en el mejor aprovechamiento de las energías puestas en marcha, para que todo ello no sea flor de un día. Y es que algunas veces la Iglesia parece no saber a dónde va. Está necesitada de una espiritualidad bíblica que fundamente la praxis y la oración. Está necesitada también de una coherencia mayor entre signos y documentos: al poco tiempo de los gestos de perdón y diálogo de Juan Pablo II, antes aludidos, aparecía el documento «Dominus Iesus»; en una misma acción se proclamaba la gloria del Papa del Concilio, Juan XXIII, y se duplicaba el número de beatos.

Hace falta profundizar en una concepción sinodal de las iglesias particulares para que se las reconozca como comunidades de memoria común, capaces de celebrar la fe y la esperanza que las une. Es imprescindible profundizar en el derecho de las comunidades cristianas a la enseñanza de la Palabra, a la Eucaristía y al pastor y,

estudiar, al menos, la posibilidad de ordenación de hombres casados. Hay que revisar el papel de las mujeres en la sociedad y en la Iglesia. Ver qué ocurre con la efectiva mayoría de edad de los seglares en la responsabilidad eclesial. Repasar las cuestiones bioéticas, o las referidas a la sexualidad y al matrimonio, donde se está produciendo un cisma radical entre la enseñanza oficial y la praxis de los católicos.

LA conversión a la que este Jubileo nos ha invitado a los católicos, y sobre la que una parte de los cristianos de las iglesias hermanas y personas de otras creencias pueden tener puestas sus expectativas, exige dar pasos que nos hagan girar en el camino y destruyan nuestras confortables comodidades. ***Ésta es la Iglesia jubilar por la que apostamos:*** joven para mirar al porvenir desde la memoria agradecida. La razón más profunda del acto lleno de coraje y humilde a la vez de Juan Pablo II de pedir perdón y de lanzar la campaña por la condonación de la deuda no debe reducirse a una purificación de la memoria o a una celebración más de un año internacional. Tienen una querencia y un proyecto de futuro, están cargadas de futuro, y sólo por ese futuro pasa el de toda la comunidad eclesial.